

Buscando amor en la calle

LUIS BRITO*

"Siempre hay una primera vez para todo, recuérdalo muchacho: para todo". Parecía que mi abuelo me volvía a decir con su inigualable voz cavernosa a fuerza de tanto fumar; y parecía que yo seguía ahí, a mis siete años y en medio del solar, agachado y arrepentido como un sentenciado a muerte por haber fumado a escondidas uno de sus faritos.

"Una primera vez para todo", resonaban las palabras en mi memoria mientras caminaba tambaleante por la encharcada calle Hidalgo. Las fantasmagóricas siluetas de los árboles de la Alameda me dijeron que había llegado al lugar indicado.

La situación me parecía una locura. Nunca se lo dije a nadie, pero algún tiempo atrás lo había intentado sin llegar a consumir los hechos; a decir verdad sólo llegué a mirar la "mercancía".

Eran como las once y media de la noche de aquel sábado, unos minutos antes yo había bebido la última de... francamente no me acuerdo cuántas copas brindadas con todos los presentes en la fiesta de la que acababa de salir.

Vestido de frac, con la corbata chueca y la camisa fuera, al llegar a donde la encontraría encendí un cigarro. Su sabor me hizo recordar mis tiempos de estudiante, cuando me pasaba las noches escribiendo a má-

quina los interminables trabajos de fin de semestre, escuchando radio universal hasta la madrugada y haciendo breves descansos para imaginar que poseía a la mujer a quien, en esa noche y en ese lugar, buscaba para por fin cumplir mis sueños.

Me parecía todo tan familiar, tan cotidiano, como si lo hubiera hecho más de mil veces.

Aun al saber que sería mi primera vez no sentí inseguridad, ni remordimiento, sólo un poco de temor al pensar que algo podría salir mal. Temblaba de frío ahí, mientras la esperaba.

Al mirar su inconfundible figura dibujada a contra luz entre los árboles, sabía que el momento había llegado. Todo ocurrió como yo lo suponía. Me miró de pies a cabeza mientras mascaba un chicle que hacía tronar entre sus dientes, su falda -tan corta que nada dejaba a la imaginación- lucía bien sobre unas medias negras que cubrían un par de piernas bien formadas. No podía faltarle la bolsa de mano que hacía girar como delimitando un territorio,

ni tampoco el exceso de maquillaje, sobre todo en los labios, que parecían relucir en las penumbras como torretas de ambulancia. Peinado alborotado y una mano en la cintura, una de sus piernas apoyada hacia atrás en un poste de alumbrado, amplio escote, todo como debe ser en una mujer a quien se encuentra a esas



* Revista Ciencia ergo sum.

horas y en esos lugares.

Se despertó en mí la pasión y la lujuria, la borrachera se me cortó de un golpe cuando oí su fingida voz gangosa diciéndome: ¿tos qué? ¿jalas o vendo la yunta? Perfecta hasta en esos detalles.

No hablamos mucho, no hubo preguntas tontas, todo era sabido por los dos. Miré mi reloj que marcaba las doce menos quince, no debíamos perder tiempo. Quedamos de acuerdo en el precio, que hoy sigo pagando, mientras mirábamos asustados una patrulla que seguía de largo por la otra esquina. ¿Dónde quieres que vayamos? me preguntó tomándome del brazo. -Tú eres la experta en estos trotes- le dije mirándola por detrás, saboreando sus curvas. Ella sonrió maliciosa y me condujo al hotel más cercano.

Qué puedo decir de lo que ocurrió en el cuarto número siete, todo cerrado, sin ventanas que pudieran servir a algún mirón, completamente oscuro y con una cama solitaria que lo amueblaba. Dos horas duró el camino de ida y vuelta al lugar de los ilícitos placeres. Dos horas de intensa agitación en las que vagué por todos los rincones de su geografía, desde sus montes hasta sus valles, desde sus bosques hasta sus llanuras; dos horas en que dejé de ser hombre para convertirme en un animal hambriento, tiempo suficiente para despojarme de toda falsedad; y, por primera vez, anidar como una bala en el interior de un tibio cuerpo.

En algún lugar del mundo exterior alguien repetía una y otra vez la canción de *Jinetes en la tormenta*, curiosamente también

se escuchaban truenos reales en aquella noche de agosto, la lluvia caía con la misma furia con que yo embestía la carne que ya también era mía. No había palabras, la luz nunca existió, sólo sonidos guturales, gritos, rechinidos que marcaban el compás de nuestra melodía salvaje. Entonces comprendí el valor de la vida, el precio de la sangre que fluye para dar vigor y que se derramaba en un fino hilo sobre las sábanas. Amé más que nunca el latir de mi corazón que se aceleraba, incontenible. De pronto me perdí, dejé de ser yo, ni hombre ni animal, me desprendí de una pena que cargaba sobre el alma. Nos miramos sin usar los ojos, quedamos inmóviles diciendo todo lo que la boca no puede pronunciar en un corto instante: algo se había roto para unirnos más. Mi abuelo reencarnó en mí para decirle a ella "Una primera vez para todo, hasta para..."

Ella pidió que no saliera de su mundo, pero no pude evitarlo; la lluvia cesó, aquel alguien de afuera no repitió la canción y dejó que *The Doors* siguieran con su repertorio.

Nos volvimos a vestir como gente común y salimos abrazados a movernos por las calles de nuestra propia intimidad.

Realmente fue una idea arriesgada la que ella me propuso, siempre fue así desde que éramos novios: extravagante en sus gustos. Yo, debo admitirlo, disfruté mucho nuestra muy singular noche de bodas "vestidos con el ropaje de lo que en algún momento quisimos experimentar en cabeza ajena", como diría mi amada y loca esposa. ◆

